

CAPÍTULO 1

Thomas
Diez meses antes*El día del accidente*

Nunca era buena señal que me despertara al atardecer de un sábado en la caja de mi camioneta, en el aparcamiento de gravilla del Café. Tenía una tremenda resaca y me había pasado el día entero roncando, acurrucado en un saco de dormir sobre el camastro oxidado que tenía en la parte de atrás. Poco después de instalarme en Crossroads había rescatado de un depósito de chatarra —con orgullo— una Chevrolet de seis décadas. Era arquitecto, no mecánico, pero, puesto que mi especialidad siempre había sido la restauración, no había podido resistir el desafío.

Realmente, mi oxidada pero clásica Chevy se merecía algo mejor que pasar las noches de los fines de semana bajo los gigantes robles del Café. Los árboles alojaban a un gran clan de anti-páticas ardillas que se cagaban sobre la camioneta y sobre mí. En ese mismo momento estaban dejando caer sobre ambos una lluvia de cáscaras podridas de bellota, efecto colateral de la limpieza general a la que sometían su hogar antes de la llegada de la primavera.

Adormilado, abrí los ojos mientras las cáscaras rebotaban en mi frente, sentí náuseas al notar aquel fuerte hedor que recordaba al almizcle y al queso feta en mal estado. Con los ojos entornados, me quedé mirando la testa de un cabritillo blanco que, a un palmo de mis narices, rumiaba plácidamente. Del morro se le cayeron unos trozos de plástico negro; como un perro que roe con placer un hueso, estaba destrozando mi nuevo teléfono móvil.

—Otro más —gruñí. Me sacudí las bellotas y los trozos de móvil de la barba—. Dile al recepcionista que tengo quejas sobre el servicio despertador de este hotel. Si no mejora la atención, cuando beba tendré que retirarme a mi comfortable cabaña. ¿Es que uno no puede pasarse el día durmiendo en su camioneta sin que nadie le moleste?

¡Chas! *Banger*, el cabritillo, me miró inocente mientras entre sus dientes desintegraba el último trozo de mi teléfono. De su hocico, blanco y barbudo, caían fragmentos de la carcasa. Suspiré.

—En realidad no me gustaba ese aparato.

Ojalá mi hermano dejase de mandarme teléfonos nuevos; tal vez así a *Banger* le daría por probar algo más nutritivo, como los tapacubos. Allá en Chicago, John estaba decidido a impedir que me convirtiese en un ludita en toda regla. Creía que, si tenía un móvil, todavía había alguna posibilidad de que no acabara escribiendo en mi cabaña, a la luz de un candil, delirantes manifiestos. O pegándome un tiro.

Yo tenía claro que lo primero nunca lo haría.

Me estiré con cuidado, y avisé a cada parte de mi cuerpo de que estábamos a punto de empezar a movernos como un equipo. Acidez de estómago, ojos pesados, dolor de cabeza, espalda entumecida. Aunque lo que quedaba de mí tenía treinta y ocho años, después de haber pasado unas cuantas horas en la camioneta, mi espalda podía solicitar los descuentos aplicables a la tercera edad.

Se oyó el rugir de un motor. Al mirar vi pasar un todoterreno último modelo en dirección al único espacio que quedaba libre en el aparcamiento del Café. Unos niños impecablemente vestidos me miraron boquiabiertos y me señalaron a través de las ventanillas del automóvil. «Mami, ¿qué hace ese hombre, que da miedo, en esa camioneta, que también da miedo, con un cabritillo?» La mujer que iba sentada en el asiento del copiloto se volvió y se quedó mirándome. Después dijo algo a los críos: «No miréis. No es de buena educación quedarse mirando a los montañeses barbudos que duermen con el ganado. No debemos provocarle.»

En cualquier caso, dijera lo que dijese, lo cierto es que su prole volvió enseguida a sentarse bien y dejó de mirarme. Levanté la

mano y saludé. Al fin y al cabo, todo depende del color del cristal con que se mire.

Y, para mí, lo que realmente merecía la pena en la vida se podía encontrar aquí, en Crossroads, una pequeña depresión que llamaban la Hondonada situada en lo alto de las remotas montañas del oeste de Carolina del Norte, donde una vieja carretera asfaltada conocida como el Camino de Asheville y una carretera sin pavimentar, aún más vieja, llamada el Sendero de Ruby Creek, se cruzaban frente a un conjunto de edificaciones: una antigua granja, una vieja cabaña de madera, una hilera de cobertizos encalados y un par de surtidores de gasolina protegidos por un techado de hojalata. Aquel lugar, a un tiempo tienda de alimentación, estación de servicio, bazar de artículos de segunda mano, cafetería y mucho más, era conocido con un nombre que resumía el espíritu, la esencia y los momentos decisivos de las vidas que se entrecruzaban allí: el Café de Crossroads.

Yo no era precisamente un ciudadano ejemplar de Crossroads, pero me había ganado el respeto de la gente importante del lugar. O, al menos, su tolerancia.

De repente noté que tenía mojada la barba, que era larga y castaña; también la cabeza, la cara, la coleta y, como comprobé al incorporarme, la parte de delante de mi vieja sudadera de los Giants de Nueva York. Estaba muy mojada. Alguien había empapado aquel legado del mítico jugador del equipo, el laureado Lawrence Taylor. Un verdadero sacrilegio.

Fue entonces cuando vi la nota atada al collar de *Banger*. Estaba escrita con rotulador negro sobre un trozo de cartón de un paquete de azúcar, en cuyo borde se veía aún el logo de la mítica marca Dixie Crystals. Decía así:

Thomas Mitternich:

Mueve el trasero y pásate por la cocina hacia las 6.30. Cathryn sale en la tele a esa hora. Tus ojos irritados necesitan disfrutar de esa visión. No me hagas volver con más agua.

Un abrazo,

DELTA

Cathryn Deen. Aunque no me la habían presentado, por supuesto que sabía quién era. *Todo el mundo* lo sabía. Una glamurosa y genuina estrella de cine. No es que fuera una gran actriz, pero ¿qué importaba? Estaba como un tren y tenía chispa. Sus películas habían generado muchísimo dinero. Salían fotos suyas cada semana en las portadas de las revistas más importantes; se había casado hacía poco con un magnate forrado y arrogante, y ahora mismo estaba promocionando su propia línea de cosméticos. Todos, desde los pigmeos del Amazonas hasta los mongoles que vivían en chozas de paja y pastoreaban sus rebaños de yacs en la tundra rusa, sabían quién era. Incluso en Crossroads, una de las comunidades de montaña más aisladas de la costa Este, la gente sabía cuál era el color favorito de Cathryn Deen —el verde esmeralda, como sus ojos—, su pasatiempo preferido —ir de compras por París— y de qué tipo de flores —rosas blancas salpicadas de oro de 24 quilates— se había cubierto el cenador que había acogido su carísima boda privada en Hawai.

Lo que la gente de Crossroads no llegaba a entender era por qué nunca visitaba la granja que había heredado de su abuela, al norte de la Hondonada, ni por qué nunca contestaba a las tarjetas que por su cumpleaños y por Navidad le enviaba su prima lejana Delta, quien sentía verdadera devoción por ella. Delta era la propietaria del Café, además de ejercer oficiosamente como alcaldesa de Crossroads. Para mí y para todo el que vivía en aquel aislado valle de montaña, Delta era una reina. Pero, obviamente, para Cathryn Deen no era nadie.

Yo no comprendía su actitud.

Con un gesto de dolor, me bajé del vehículo y me quedé un rato allí apostado. Después de mirar en todas direcciones, me situé entre la camioneta y el roble, me levanté la sudadera mojada, me desabroché los pantalones vaqueros y oriné sobre las leñosas raíces del árbol.

—¡Tomad! —les dije a las ardillas y a Cathryn Deen.

Banger dejó caer los trocitos que aún quedaban de mi teléfono y saltó desde la camioneta. Con su dura pezuña unglada, me propinó un fuerte pisotón, aunque con cariño; luego embistió mi rodilla izquierda y, con uno de sus cuernos, me agujereó el vaque-

ro y punzó la parte posterior de la rótula. Durante un minuto vi las estrellas.

Cuando reaccioné, le di un restregón en las orejas, que estaban caídas:

—Si Dios existe —le dije—, está claro que te designó a ti para que fueras mi conciencia.

Me puse otro suéter limpio de los Giants y me cambié de calzoncillos —cuando sabes que con cierta frecuencia puedes des-pertarte en un lugar público, no viene mal tener una muda en la camioneta—, y, renqueante, salí del resguardo del árbol. La grava del aparcamiento era bastante fina para ser granito, pero aun así hacía muchísimo ruido.

Intenté caminar de puntillas; si bien, no dio resultado.

Ante mis ojos se alzaba una catedral erigida de cielo y montaña. Tomé aliento para reanimarme. La luz del atardecer envolvía la Hondonada con suaves sombras azules; las Diez Montañas Hermanas, que cercaban la depresión como la gruesa masa del reborde de un volován, brillaban en tonos dorados y verde menta, sobre filamentos de bruma plateada. Me dirigí hacia un viejo banco de iglesia, que, sacado de su ubicación original, se ofrecía junto a la carretera pavimentada para descanso de los transeúntes. Agradecido, me acomodé sobre su erosionada madera de castaño y lancé un suspiro. Apenas a unos pasos, cruzaba el Camino de Asheville. Éste era de firme gris y estaba lleno de grietas y baches, y sus bordes, desdibujados e imprecisos, habían sido conquistados por espesas matas de claveles silvestres, entre las que se distinguían también diminutas flores de lavanda.

El mensaje que parecía transmitir el Camino era que los coches modernos te podían llevar hasta Crossroads, y devolverte a la civilización, en un suspiro. Procedente del pueblo que le daba nombre —Asheville, obviamente—, el Camino atravesaba las Diez Hermanas para salir por sus estribaciones, serpenteaba por la Hondonada cubierta de hierba, se ensanchaba en la explanada delante del Café justo antes de cruzarse con el Sendero de Ruby Creek y, finalmente, se perdía rumbo al oeste, hacia la capital del condado. A la hora punta, quienes vivíamos allí veíamos pasar, ¡caray!, hasta un coche cada diez minutos.

Algo que, por otra parte, a mí me parecía estupendo.

Me apoyé en el respaldo del viejo banco y aspiré hondo a fin de notar la brisa y disfrutar de la vista. Casi cada tarde de primavera las Diez Hermanas se cubrían de niebla blanca y se borraban hasta dar la impresión de ser islas en medio de un mar blanco y acolchado. De ahí que los pioneros llamaran a los Apalaches de la región occidental de Carolina del Norte las montañas humeantes.

La brisa y la vista casi llegaban a quitar la resaca. Casi.

—¡Thomas! ¿Aún sigues ahí afuera haraganeando?

El timbre chirriante de la voz de Delta me acuchilló los tímpanos. Estremecido, me volví hacia ella. Estaba apoyada en la barandilla de la terraza delantera del Café, y se diría que era un ángel regordete de cocina que tuviera por halo el blanco de las paredes del porche de aquella granja restaurante, porche que estaba adornado con maceteros hechos de medios barriles y mecedoras desvencijadas.

Como todo en Crossroads, Delta Whittlespoon parecía haber salido de una perfecta combinación de necesidad, carencia y comodidad. Llevaba el delantal de chef torcido sobre una camiseta sudada de color rosa que tenía estampada la frase «Los guisos del Señor son inescrutables». Del bolsillo trasero de sus vaqueros manchados de harina sobresalía un guante de horno. Mientras la observaba, una ardilla recorrió a toda velocidad la barandilla del porche y aterrizó justo al lado de sus sandalias de senderismo de suela gruesa, donde se apoderó de un cacahuete que se había caído de uno de los comederos de pájaros allí colgados. Un pinzón morado le pasó revoloteando junto a la cabeza y se posó sobre la parra de uva de variedad local que crecía enroscada a un poste.

Aquella mujer sacaba adelante la fauna, la flora y las almas perdidas. De pelo oscuro y mediana edad, pecosa, rellenita, cariñosa, dura, famosa por sus guisos y su capacidad organizativa, era la matriarca de todos los que tenía a su vera, yo incluido. Delta se había propuesto mantenerme con vida.

—¿Vas a entrar o tengo que coger un palo y atizarte en el trasero, eh, yanqui? —gritó.

—Estoy meditando —le contesté—. *Banger* y yo cavilamos sobre el significado de la existencia. Hemos llegado a la conclusión de que tiene que ver con arremeter a cabezazos contra todo.

—Ahórrame tus reflexiones malhumoradas. ¡Venga, que te pierdes a Cathryn en la tele! ¡Va a dar una rueda de prensa sobre su empresa de cosméticos! ¡La entrevistan en directo!

Estaba claro que Delta creía que ver a su pariente, la estrella de cine, era siempre bueno para mi alma hastiada. Y yo siempre evitaba cortésmente decirle que las únicas cosas que me interesaban de Cathryn Deen eran que me la ponía dura y la escritura de propiedad de la granja de su abuela, que tenía abandonada.

—Si voy, ¿me das un panecillo?

—¡Imbécil! ¡Ven inmediatamente! ¡Ya! —Y empujó con un dedo la puerta de entrada, de doble hoja, donde un cartelito rezaba: «El Café de Crossroads. Buena comida y mucho más»—. ¡No tengo tiempo para darte palique! ¿Ves todos esos todoterrenos y monovolúmenes que hay en el aparcamiento? Tengo el restaurante lleno de familias de Asheville. ¡Quedas reclutado como voluntario para servir las mesas!

En cuanto le expresé mi aprobación con un gesto del pulgar, se metió dentro.

—No me esperes, cariño —le advertí a *Banger*, que se estaba comiendo una colilla que yo había tirado.

Me dirigí con paso lento hacia el Café, ya cansado de estar despierto y sobrio. Vale, entraría a ver a la guapa Cathryn Deen.

Siempre podía usar la imaginación.

Cathy
Beverly Hills, California

Bajo un primer plano en blanco y negro de mi cara, que parecía sacado del cine negro, se leía, en los pósters desplegados por la suite del ático del Four Seasons, «La cara Perfecta». Esa foto mía me encantaba. Era clásica y, sin embargo, inocente; también insinuante. Una Grace Kelly morena para el siglo veintiuno. Una princesa con tanga. «Belleza atemporal. Perfección eter-

na. De la actriz Cathryn Deen. Porque cualquier mujer puede ser Perfecta.»

Sí. Como yo. Perfecta.

A veces el bombo publicitario conseguía ponerme colorada. O, al menos, yo hacía como que me ruborizaba. Una reina sureña de la belleza está educada desde que nace para ser encantadoramente humilde; así la gente le concederá el beneficio de la duda y no la estrangulará cuando acapare toda la atención de una sala. ¿Falsa humildad? ¿Tú qué crees? Resultaba bastante práctico en las entrevistas y cuando firmaba autógrafos. Sí, nosotras, las estrellas superglamurosas del cine, somos como el resto de los mortales. No nos creemos nada especiales, ni mejores que el resto.

Muy bien.

Bueno, vale, lo admito: era engreída, consentida, coqueta hasta lo irritante, y me quería demasiado como para resultarle simpática a nadie. Pero seamos sinceros: es que yo *era* la mujer más hermosa del mundo. Lo decía la revista *People*. Y *Vanity Fair*. Y hasta *Rolling Stone* y *Esquire*, esos chicos cínicos y obsesionados con el sexo.

Había sido objeto de alabanzas y elogios desde el momento en que empecé a emitir mis primeros gorjeos, tan adorables, cuando mi padre comenzó a presentarme en los salones de baile y salas de reuniones más elegantes de Atlanta metida en un cochecito verde esmeralda hecho por encargo para que hiciese juego con mis ojos. Todo el mundo me adoraba. Prueba de ello eran los resultados de mis éxitos de taquilla. Me iban a pagar veinticinco millones de dólares por mi próxima película, una nueva versión de *Gigante* en la que yo hacía el papel de Elizabeth Taylor, Heath Ledger el de James Dean y Hugh Jackman el personaje que en su día interpretó Rock Hudson.

«Soy la nueva Liz Taylor», pensé al contemplarme satisfecha en un espejo enorme y muy bien iluminado, mientras mis estilistas se ocupaban de mí como si fuera una muñeca Barbie a tamaño real. «¡Chupaos ésa, Julia y Angelina y Jennifer y Reese! Batid mi caché, si es que podéis.»

—Conseguimos que parezca que las quinceañeras tienen veinticinco y que las de treinta y cinco aparenten veinticinco —dijo la

resto de los presentes mientras daba volumen a un largo mechón de mi melena negra—. Por eso esta cultura pornográfica nuestra quiere darnos por el culo.

—¿Qué dices de cultura pornográfica? —pregunté sonriente mientras observaba cómo me acicalaban—. Simplemente forma parte de la naturaleza humana que las chicas flirtean y los chicos se den por aludidos.

Randi, mi maquillador, rió irónicamente:

—Pues de la mía no, cielo; otra cosa es que un *chico* se ponga a flirtear conmigo. —La suave brocha de pelo de marta me acarició la frente. Su mano de piel oscura se movía como la de un artista: una nube de partículas del maquillaje Perfecta de color marfil flotó ante nuestros ojos. Luego, moviendo la brocha para señalar a Judi, Randi añadió—: A mí personalmente no me importaría nada tener una pinta pornográfica. O incluso parecer más joven.

Judi le lanzó un gruñido:

—Tú eres un tío. No es lo mismo. A los hombres se les sigue considerando deseables incluso cuando ya no son más que ciruelas pasas con pene, gordas y llenas de arrugas. Cuando te conviertas en un viejo marica malhumorado seguirás teniendo muchas posibilidades de rollo.

—¡Eso espero!

—¿Cultura porno, decís? —terció Luce, la encargada de vestuario—. Os voy a contar lo que me pasó cuando trabajé para una productora de películas X. Todo eran corsés de cuero y tacóns. Y eso sólo para el ganado que conformaba el reparto. —Y, mientras soltaba una carcajada, deslizó un vestido de seda plateado sobre mi sujetador escotado, también de color plata. En cuanto metí los brazos en los tirantes de encaje, Luce me ajustó el corpiño a las tetas, inclinándose para mirarlas bien. Comprobación de pechuga, lo llamábamos—. Pezón contento a la izquierda, Jefa.

Asentí con la cabeza. Hasta mis tetas estaban orgullosas de sí mismas.

—Pásame esa caja de tiritas. No quiero que la prensa se quede embobada mirándome los faros en vez de estar escuchando las

brillantes y sabias consideraciones sobre mi nuevo imperio de la cosmética.

Randi chasqueó la lengua.

—Jefa, aunque te pusieras un burka y te rociaras con almizcle de camello, los hombres seguirían mirándote las tetas.

—¿Almizcle de camello? A lo mejor debería añadir eso a mi línea de perfumes. Judi, sólo tengo treinta y dos años. ¿A qué equivale eso en la edad de los camellos? ¿Cuánto falta para que los camellos me silben por la calle? ¿La cultura porno también es cosa de camellos?

—Vale, vale, Jefa; sabes perfectamente a qué me refiero —se explicó Judi—. Las mujeres somos objetos sexuales. Tras décadas de lucha feminista, seguimos siendo simplemente eso. Si no nos mantenemos jóvenes y apetecibles, carecemos de valor.

—Yo tengo la intención de seguir siendo sexy hasta los cien años —masculló Luce—. Mientras haya lubricante KY y vodka, podré echar un polvo.

Me reí. El atractivo sexual era sólo otro de los dones de la vida, y a mí me habían obsequiado más que a nadie. No podía imaginarme de otra manera más que hermosa. ¿Engreída? ¿Yo? De ninguna manera.

«Mi gente.» Pensaba en mis empleados igual que hablan de los criados los viejos sureños, como si me pertenecieran. Mi gente siempre me adoraba. Papá y todas mis tías del sur, grandes damas que se dedicaban a jugar al golf y a ir a los clubes de campo más exclusivos de Atlanta, me habían educado para ser como la típica dueña y señora de una plantación del sur, amable y generosa. Me volví para mirar a Judi desde debajo del mechón de pelo que sostenía y que estaba cardando como si fuese una brillante hebra de chocolate:

—Judi, ¿al final vamos a terminar hablando de tu teoría de «las brujas y los ingenieros»?

—¿No es ése el título de un *reality* nuevo que echan en la Fox? —preguntó Randi. Luce soltó una carcajada.

Judi frunció el ceño.

—Ríete si quieres, pero hay un montón de gilipollas por ahí que defienden que las mujeres son brujas..., o sea, que practican

la brujería, no que sean unas cabronas..., y que los hombres son ingenieros. Que las mujeres representan las emociones y el sexo, las artes oscuras, mientras que los hombres encarnan la lógica y el intelecto, los avances de la ciencia. Que el único objetivo de las mujeres es la reproducción, y que por eso su misión es mantenerse deseables hasta la menopausia. Después, se supone que simplemente se tornan invisibles.

Le hice un gesto admonitorio con el dedo:

—Yo no. Me niego a ser invisible. Y me niego a envejecer. En este mismo momento voy a parar mi reloj biológico. —E hice un chasquido con los dedos—: Ya está. ¡Hecho! No envejeceré nunca. Tampoco tendré arrugas, ni flacidez, ni manchas. Ni me saldrá papada; ni siquiera granos por el síndrome premenstrual.

Todos sonrieron. Me rodearon, poniendo sus caras alrededor de la mía en el espejo, como si yo fuera el centro de una flor. Judi suspiró:

—Jefa, tú nunca serás fea. No puedo ni imaginármelo. Nunca serás una simple mortal como el resto de nosotros.

Se me formó un nudo en la garganta; me sentí un poco sola. Ser especial también significaba estar aislada. Nunca terminaba de encajar. Los hombres se me quedaban mirando embobados y nerviosos, y a las mujeres les carcomía la envidia. No tenía ni amigas de verdad ni amigos íntimos que no fueran gays. Primero era un rostro, después una persona. Algún día, por mucho que ahora echara las campanas al vuelo, mi cara se marchitaría, y entonces ya no sería nadie. «No pienses en ello.»

Desvié la atención hacia la elegante fuente de fruta con que el hotel me había obsequiado y me concentré en un yogur desnatado que descansaba entre las brochas de maquillaje, las tenacillas y otros bártulos. ¡Mi austera dieta reflejada en el espejo! Siempre estaba muerta de hambre y privándome de comer. Me quedé mirando la imagen de la comida que devolvía el espejo. Odio mordisquear la comida como un conejo. De repente, la imagen se desvaneció. En su lugar vi a mi abuela portando una fuente de porcelana azul y blanca repleta de los panecillos que hacía. Panecillos recubiertos de salsa. Salsa elaborada a base de nata. Y con trocitos de salchicha de cerdo dentro. Una gozada.

Y no es que pensase en mi abuela Nettie y sus panecillos, sino que, literalmente, la vi reflejada en el espejo. Una visión. Qué ironía. Me pasaba la vida mirándome en unos espejos que, en ciertos momentos, como ahora, devolvían otra imagen. Quienes creen en los poderes psíquicos lo llaman «cristalovidencia». La abuela Nettie aseguraba lograrlo mirando superficies brillantes: espejos, lagos o ventanas. Y cuando era pequeña me aseguró que yo tenía ese mismo poder. Me lo dijo el día en que, al ir a visitarla, entré en la casa diciendo que había visto la cara de mi difunta madre —había muerto cuando yo era un bebé— en la ventana de mi habitación, sonriéndome, como si estuviera dándome la bienvenida. «Ésta era mi habitación —susurró en mis pensamientos—, ahora puede ser la tuya.» Papá me dijo que sólo los locos veían cosas en los espejos, y no me dejó volver a visitar a mi abuela Nettie nunca más. La echaba muchísimo de menos, a ella y a su granja, pequeña y extraña.

Desde entonces sólo había visto imágenes en los espejos unas pocas veces: una, cuando un antiguo novio murió en un accidente de motora; y en otro par de ocasiones, que fueron augurio de las muertes de mis tías, las hermanas de papá. Mi última visión, dos años antes, había sido horrible. Mientras me arreglaba el pelo en el camerino de maquillaje, entre bastidores, vi la cara de mi padre.

Se superpuso a la mía durante sólo un segundo. Se le veía tranquilo, apuesto, con su clásico aspecto, cariñoso y severo a la vez, y el pelo plateado. Aquel padre que había sido mi mayor fan y mi crítico más riguroso. El tradicional papá sureño a quien yo adoraba. Me sobresalté tanto al ver su imagen en el espejo que, unos minutos después, delante de la cámara, metí la pata cuando leía el nombre de las nominadas a Mejor Actriz. Ante millones de espectadores de todo el mundo, dije Merle Step en vez de Meryl Streep.

—¿Es que acaso parezco un cantante de country? —me tomó el pelo Meryl.

Cuando salí del escenario uno de mis ayudantes corrió hacia mí:

—Tienes una llamada urgente de Atlanta; algo relacionado con tu padre.

Había muerto de un ataque al corazón durante la fiesta que había organizado para la noche de los Oscar en el club. Barnard Deen daba fiestas sólo para verme entregar premios a otras personas. Era muy exigente, pero al mismo tiempo estaba tremendamente orgulloso de mí. Como nunca creyó en las visiones de la abuela Nettie, jamás le confesé que seguía teniéndolas. Ahora, al ver cómo mi abuela me devolvía la mirada, me obligué a respirar hondo. Sentía escalofríos sólo de pensarlo. «Vete ya. No ocurre nada bueno cuando veo cosas en los espejos.»

Pero ella siguió ahí, terca, real como la vida misma. Sus ojos verdes tenían una expresión tan vívida que resultaban aterradores. Unos mechones de pelo ya canoso se le escapaban de una gorra patrocinada por una marca de tractores, que resultaba tan exótica como el turbante de una sultana. Había muerto cuando yo tenía doce años, poco después de mi última visita. Su granja, en las montañas de Carolina del Norte, formaba parte de un universo tan diferente de mi vida en Atlanta que se diría que fuera un país extranjero. Mi madre no vivió lo suficiente para criarme, ni la abuela Nettie para verme hecha una mujer. Las dos mujeres más importantes de mi vida habían muerto sin llegar a explicarme cómo enfrentarme a las visiones reflejadas en los espejos.

Pestañeé, invadida por una leve sensación de mareo. La visión desapareció.

—Jefa, ¿estás bien? —me preguntó Judi—. ¿Te apetece comer algo? Te has quedado mirando el kiwi y el brócoli como si fueran a morderte.

Respiré profundamente, solté una carcajada y me llevé una mano al corazón:

—Ni hablar: ni se me pasa por la cabeza comer nada antes de una rueda de prensa. Si engordo, aunque sólo sea unos gramos, la cultura porno me retirará la tarjeta de socia.

Más risas. Volví a tomar aliento. «Simplemente tengo hambre. No pasa nada más. Sólo se me aparece lo que de verdad me gustaría comer. A veces, un panecillo no es más que eso.»

Una puerta doble se abrió de golpe de par en par, dejando paso a un metro noventa de magnate californiano enfundado elegantemente en un Armani gris.

Mi marido, Gerald Barnes Merritt —nunca «Gerald Merritt» a secas, sería demasiado simple—, trece años mayor que yo, era tocoso, brillante, rico y, sí, salvajemente sexy. Tenía las mismas aptitudes que Donald Trump para la teatralidad. Llevábamos casados menos de un año. Durante ese tiempo Gerald a menudo había presumido ante los medios de comunicación de sus dos hermosas ex esposas, de sus tres hijas igualmente hermosas aunque ya mayorcitas, de sus éxitos con las inversiones en el mercado inmobiliario, el mundo de la informática, el marketing y, cómo no, también de mí. Gracias a él, yo iba a estar al frente de mi propio imperio de cosméticos. Perfecta, de Cathryn Deen. Aunque en realidad era Gerald quien lo llevaba todo: era el director ejecutivo. Pero, ¡ojo!, yo era el rostro.

—¿Preparada para anunciar a la prensa tu nueva aventura comercial, preciosa? —bramó Gerald dispersando a mi séquito como si fuera un rottweiler que entrase en un corral de conejos.

Me acicalé ante el espejo y evité mirar de nuevo aquella bandeja de comida tan sobrenatural.

—Bueno, no sé. ¿Crees que puede mejorarse esta perfección?

Me abrazó por detrás, ladeando la cabeza para observarme en el espejo, con cuidado de no despeinarme ni estropear la obra maestra que era mi rostro, una cara Perfecta. Sentí la provocadora protuberancia de su pene.

—No podrías estar más hermosa. Me he casado con la chica que desean todos los hombres —dijo con tono suave.

De nuevo, me estremecí un poco. «La belleza es efímera, pero los panecillos son para siempre.» Sonreí y me sacudí de encima ese pensamiento tan tonto.

Era la mujer más guapa del mundo. Y, sin duda, siempre seguiría siéndolo.

Thomas

En una pequeña televisión portátil que, entre sartenes y cacerolas, colgaba del friso de tablas que recubría el techo del Café, la estrella de cine más hermosa del mundo, Cathryn Deen, me cau-

tivó de forma tan sutil, tan genial, que, al igual que los periodistas sin rostro que le formulaban preguntas corteses, apenas me di cuenta de que me tenía metido en el bolsillo, me gustase o no.

Estaba sentada en una silla delante de un póster que mostraba su rostro bajo la palabra Perfecta, enfundada en un ajustado vestido color plata que la estilizaba muchísimo. Su voz, un señuelo ronco que sabía a miel y que denotaba la educación dada por una familia adinerada sureña, tenía una cadencia peculiar que transmitía la imagen de alguien segura de sí misma y, tal vez, hasta espabilada. Ladeaba la cabeza lo justo, sonreía lo justo y un largo mechón de su pelo negro caía lo justo sobre las perfectas facciones angulares de su mejilla. Sus ojos verdes parecían decir que nunca había tenido un momento de duda en toda su vida y que, de tener oportunidad de besarte con aquella boca tan seductora, te haría olvidar tus propias dudas.

Me quedé hipnotizado en medio de la bulliciosa cocina del Café, trampa mortal en caso de incendio, mientras una tropa formada por familiares directos de Delta —todos con el uniforme del establecimiento, vaqueros y una camiseta con la frase «Los guisos del Señor son inescrutables»— daba el callo a mi alrededor.

—El Señor es mi Pastor —masculló a pesar de todo la cuñada de Delta, Cleo McKellan, toda vez que me pegaba en la manga del jersey una pegatina con la leyenda «Jesús te ama»; en el brazo libre llevaba una fuente repleta con pastel de calabaza, coles y ensalada de queso, pera y mayonesa—, pero si no consigues que te quites de en medio ahora mismo, juro que te atizo.

Su marido, Bubba, se carcajeó sin dejar de cortar la cebolla que, acto seguido, echó en la cacerola en la que había unos pedazos de carne. Cuando me cambié a un sitio donde no molestaba, Cleo me lanzó un beso casto antes de desaparecer por las puertas batientes que daban a los comedores.

—Mira, Thomas, es lo que yo llamo una mujer joven y hermosa —dijo Delta orgullosa, levantando la vista para ver a Cathryn en la televisión—. Es la hija de la prima del marido de mi prima.

Delta repetía este dato, y la historia que lo rodeaba, en cuanto se le presentaba la oportunidad. Yo asentí ligeramente con la cabeza.

Hay razones por las que algunas personas nos llaman la atención; su carisma nos hace pensar que conocerlas, o incluso simplemente mirarlas, nos elevarán a un plano superior de la existencia. Hay razones por las que ciertas mujeres mandan proposiciones de matrimonio a famosos asesinos que están en la cárcel y por las que ciertos hombres se gastan el sueldo del mes en la entrada para un partido. Queremos compartir el aura de la fama, de cualquier tipo de fama, tocar aunque sea el extremo de ese arco iris, como si con eso nosotros fuéramos a ser también especiales.

Cierto, lo atractivo no es la fama en sí misma, sino la promesa de que no somos simples y anónimas partículas con vida que habitan en una pequeña roca en medio de un oscuro universo. Cualquiera que sea famoso —sea cual sea el motivo, incluso por algo malo— ha sido elegido por un misterioso designio que parece haber ignorado al resto. Alguien que inspira tanta reverencia debe de estar bendecido. Dios ha sonreído a esa persona, y si ese manantial del que mana lo sagrado nos dedica siquiera una mirada, será porque Dios también nos quiere bendecir. Una carambola del destino. ¿No se dice así? ¿Mágica casualidad? Aunque, en secreto, creemos que no es sólo azar, no es sólo buena suerte. Está escrito en algún sitio.

Cathryn Deen lo tenía. Tenía eso. La cualidad surreal que separa lo ordinario de lo extraordinario. Yo había visto alguna que otra de las películas que había protagonizado; mi mujer había sido fan suya. Unos filmes que iban desde la pura pifia hasta el melodrama serio, pero en los que, no obstante, había algo que siempre los hacía brillar: *ella*. Aunque no era una gran actriz, tenía lo que los publicistas y los gacetilleros del corazón llaman «una sonrisa megavatio». Sus luminosos ojos verdes, rebosantes de humor e inteligencia, y de un toque de consciente vulnerabilidad, convertían el lote entero en un producto infinitamente sexual. «Te puedo hacer daño, pero tú a mí también», nos decía.

—Mira esos ojos —comentó Delta, de pie a mi lado, con una bandeja de panecillos entre sus manos regordetas—. ¿Sabes, Thomas? Todos los grandes actores y actrices tienen esa imagen: un toque de tristeza, como si supieran que no durará siempre y que

pronto cambiarán las tornas. ¿Sabes lo que pienso? A pesar de que debe de ser estupendo ser tan guapo o guapa, se levantan cada mañana sabiendo que están un día más cerca de ser normales y de-crépitos, como todos nosotros. Es una especie de maldición, ser especial simplemente por tu apariencia. —Y soltó un suspiro, se animó y elevó un poco los panecillos, como si me los brindara—. La belleza es efímera, pero los panecillos son para siempre. Es lo que la abuela de Cathryn, Mary Eve Nettie, solía decirme. Fue una mujer rebelde: mantuvo su apellido de soltera, se acostaba con cualquiera sin necesidad de ocultarlo, votaba al Partido Liberal. Una montaña le debe a ella el nombre: «la Loma de la Mujer Rebelde».

Volví a asentir, elevando la vista hacia la televisión, en un extraño momento de plácida excitación. Cathryn Deen era sexo y misterio, y dulzura, y fantasía, y... magia. Era arquitectura clásica en un mundo obsesionado por demoler los íconos. Había que poner una verja a su alrededor; protegerla de la cruda realidad.

Delta me dio un codazo.

—Los rasgos de los ojos son igualitos que los míos, ¿no crees? Desperté de mi trance.

—Sin duda. Pero me juego lo que sea a que es demasiado encantadora como para poner perdidos de agua a los tíos que duermen tranquilamente debajo de un roble de su propiedad.

Delta me dio con el trapo de cocina, y yo me lo tomé como un hombre: cogí una bandeja y me dirigí al comedor. Hasta quien se ofrece voluntariamente a echar una mano como camarero bajo los síntomas de la resaca tiene su dignidad.

Cathy

Entre risas, guíe a mi séquito hacia una de las salidas más discretas del Four Seasons, diseñada especialmente para vips. El hotel es uno de los escondites más famosos del mundo. Frank Sinatra cantó junto al piano en el bar principal con motivo de su ochenta cumpleaños. En una ocasión, a Renée Zellweger la confundieron

con una camarera, y ella respondió amablemente cogiendo el pedido a toda una mesa de hombres de negocios. El personal de recepción habla un misterioso dialecto del inglés con un acento ligeramente euroasiático, como si hubieran sido importados de algún pequeño y elegante país especialmente para servir a rostros conocidos. Un día cualquiera es posible ver a un montón de cuerpos famosísimos dándose masajes en las cabañas privadas que están situadas junto a la piscina. Los bares del vestíbulo son, para regocijo continuo de los visitantes, un ir y venir de estrellas de Hollywood, y también se dice que por sus pasillos se pasean las putas más caras.

Un par de mozos del hotel salieron corriendo a buscarme el coche, no sin antes haber estado a punto de tropezar al verme. ¡Ay!, lo que hace un suéter negro de angora muy ceñido, unos *leggings* negros y unas botas de tacón de aguja de Louis Vuitton. Parecía una auténtica dominatriz.

—Hoy ha hecho enloquecer a todos en la rueda de prensa, señora Deen —dijo uno de los mozos, deshaciéndose en elogios—. Ha estado usted impresionante.

—Gracias.

—Deja de babear y trae el coche de la señora Deen —le ordenó un guardaespaldas. El mozo salió corriendo.

Avancé arrastrada por dos guardias de seguridad privada, cinco publicistas, dos ayudantes y otro ayudante de un ayudante de Gerald. Salvo yo, todo el mundo tenía un teléfono en la oreja y estaba hablando, aunque no conmigo ni entre sí. Sonriente, les firmé autógrafos a los botones. Mis empleados seguían hablando, animados como cotorras bajo los efectos de la cocaína.

—Sí, la rueda de prensa resultó fantástica. ¡Fabulosa! Cathryn tiene fijada una comida con *Vogue* para la semana que viene. Las fotos de portada todavía se están negociando. Apúntanos para el martes en Nueva York.

—¿Marty? Resérvale a Cathryn con Larry King para el doce.

—No, Cathryn no puede comprometerse con Oprah en esa fecha. Estará en Inglaterra rodando un par de escenas de *La novia del pirata*. Se ha empeñado Sophia Coppola.

—Hola, llamo de parte de Cathryn Deen. La señora Deen quiere que le encuentre usted un buen profesor de dicción para que la ayude en *Gigante*. Sí, ya sé que puede hacer de forma natural un acento del sur, pero la señora Deen opina que la manera de arrastrar las palabras que tienen en Texas no es idéntica al deje de Atlanta. Quiere un profesor de Dallas. No de la vieja serie de televisión, sino de la ciudad. Para la película, la señora Deen debe imitar el acento de una ricachona de alguna ciudad del sur de Texas. Se reunirá con los productores y con el director este fin de semana...

—Las mujeres como tú le destrozan la vida a las demás mujeres, ¡puta!

La voz resonó cuando estaba a punto de entrar en mi Trans Am, un vehículo de 1977 con techo desmontable, negro y dorado, en perfecto estado. Tenía un tacón ya apoyado en el borde de la puerta, pero me detuve en seco. Varias jóvenes desaliñadas se agolpaban detrás de las espectaculares palmeras del hotel, agitando pancartas caseras:

LAS MUJERES REALES NO TIENEN POR QUÉ SER PERFECTAS.
CATHRYN DEEN ODI A LAS MUJERES REALES.

—Estás lanzando a las mujeres el mensaje de que deben odiarse por tener caras y cuerpos normales —gritó una de las manifestantes—. ¡Pero la rara eres tú, no nosotras!

Mis publicistas formaron un círculo a mi alrededor, cual pioneros que estuvieran intentando protegerme de una banda de furiosos Sioux. Las manifestantes se dispersaron por acción de los guardaespaldas. Yo estaba boquiabierta, realmente sorprendida.

—¿Por qué nadie me ha advertido de la presencia de estas chicas? —exigí—. Podría haberlas invitado a la rueda de prensa, haber escuchado lo que tenían que decir y haberles regalado maquillaje...

—Nunca hay que negociar con terroristas —me advirtió uno de los publicistas, muy serio.

—¿Terroristas? ¡Venga, hombre! No son más que una hermandad femenina de estudiantes mal peinadas. Seguramente

son alumnas de segundo de Berkeley. A lo mejor soy el tema de algún trabajo de clase con propósito reivindicativo. —Y les dije a los guardaespaldas—: ¡Traédme las aquí para que hable con ellas!

Mis publicistas me miraron horrorizados.

—Puede que esas chicas lleven mazas o algún tipo de espray —apuntó uno.

—O una bomba —añadió otro.

Yo me reí.

—O iPods con horribles canciones de Ashlee Simpson, o cepillos del pelo con cerdas de mala calidad, o...

—Por favor, Cathryn, el hotel todavía está lleno de fotografías. Si la prensa se entera de esto, las manifestantes serán el centro de la noticia y, por tanto, lo único que se recordará sobre el lanzamiento de la línea de cosméticos Perfecta.

Eso me sobrecogió. «Gerald ha invertido tanto trabajo y dinero en este proyecto que no puedo estropearle este día.» Suspiré.

—Vale, vosotros ganáis.

Me metieron a toda prisa en el Trans Am. Uno de los publicistas, un hombre joven, al cerrar la puerta se llevó la mano al pecho y dijo:

—Señora Deen, siento mucho todo esto. Si yo dirigiera el mundo, enviaría a todas esas feas bocazas a una isla desierta.

Me quedé mirándole fijamente. Hasta entonces nunca me había considerado una chica de póster para consumo de hombres que creen que las mujeres deben estar calladitas y guapas. Cuando el coche salió del elegante Four Seasons, las chicas me lanzaron miradas iracundas desde detrás del cordón que formaban los de seguridad, con los puños en alto y el dedo corazón levantado.

No sabía cómo lidiar con las personas que no me reverenciaban. Por eso, por toda contestación, las saludé con la mano, un gesto típico de una reina de la belleza, muy cortés pero totalmente inadecuado.

Thomas

Justo después de anochecer, horario de la costa Este.

Pausa para fumar. Una vez más, me acomodé en el viejo banco de iglesia que había junto al aparcamiento del Café.

—Si Cathryn Deen viene por aquí alguna vez y se pone chulita, mientras yo la sujeto tú te comes su teléfono móvil —le propuse a *Banger*.

Y el cabritillo movió su rabo blanco ante la expectativa.

Encendí la colilla aplastada de un puro que encontré en el bolsillo del pantalón vaquero. Aunque era de un suave tabaco local, patrimonio de Carolina del Norte, liado a mano, resultaba fuerte para un estómago vacío. Noté olor a pelo chamuscado, y me percaté de que tenía un poco de ceniza en la perilla. Con unas cuantas palmaditas, la barba quedó a salvo. Todavía podría presentarme al concurso de dobles de los ZZ Top, para el que estaba haciendo méritos con aquellas barbasas.

Más suspiros profundos. Aspiré el agradable olor a madera que despedían las chimeneas cercanas, la limpia fragancia de la tierra en primavera y los aromas de la cena procedentes de la cocina de Delta, olores que, gracias a la brisa que serpenteaba entre las montañas, acababan extendiéndose por toda la Hondonada. Incluso estando en la cabaña, a veces podría jurar que me llegaba el olor de los famosos panecillos.

—Oye, Mitternich —gritó Jeb Whittlespoon desde la puerta lateral del Café—. Póquer a las nueve. Justo después de que se cierre el comedor.

Le dije que sí levantando el dedo pulgar.

Póquer a las nueve, borracho a medianoche, durmiéndola acompañado de un cabrito al amanecer.

Una típica noche de sábado.

Hacia las ocho ya estaba limpiando las mesas cubiertas con hules de cuadros rojos e iluminadas por aquellas viejas lámparas de hojalata que, colgadas del techo, proyectaban cálidos rayos de luz. El Café era una mezcla de la ficticia Mayberry, la ciudad donde se desarrollaba «El show de Andy Griffith», los cuadros protagonizados por féminas activistas de Norman Rockwell y una re-

posición de la serie de televisión «Los Walton». Normalmente ese ambiente me tranquilizaba; sin embargo, esa noche me sentía tenso, y no era sólo el malhumor habitual que se apoderaba de mí a medida que se ponía el sol, sino algo peor.

El Café estaba lleno de familias sanas y felices. Habían venido a la Hondonada y a la cercana Turtleville para disfrutar de las vistas, los campings, los riachuelos llenos de truchas y las excursiones. Muchos venían de Asheville, pero otros de lugares tan alejados como Georgia y Tennessee. Quien realizaba esta excursión tenía un objetivo común: Disfrutar en el famoso Café de Crossroads de la mejor cocina casera del sur que Delta servía en enormes y repletas bandejas y remataba con sus deliciosos panecillos.

Cleo y la nuera de Delta, Becka, iban corriendo de una mesa a otra. Becka me dio un codazo:

—Mueve ese precioso trasero, Thomas. —Becka flirteaba inocentemente conmigo, me soportaba hasta extremos impensables y me mangoneaba lo increíble. Cleo rezaba por mí. Tanto ella como Becka advertían a sus maridos que no dejaran armas a la vista cuando estaba borracho.

Al volverme con una bandeja llena de platos, descubrí a un niño pequeño que se me había quedado mirando, boquiabierto, hipnotizado. Se parecía a Ethan; más incluso que otros muchos. Cada niño menor de cinco años, sin excepción, me recordaba a mi hijo. Cada vez que respiraba me acordaba de él. Las nubes me lo recordaban. Los juguetes de los anuncios me lo recordaban. Las salpicaduras de sangre falsa de un episodio de «CSI» me lo recordaban. Me pregunté si todavía me quedaba media botella de vodka debajo del asiento delantero de la camioneta.

—Señor, ¿es usted un paleta montañés? —me abordó el niño con voz temblorosa. Me tenía miedo.

Enseguida apareció el padre:

—No lo ha dicho con mala intención.

Me limité a asentir. Las palabras no conseguían salir de mi garganta. Recorrí el comedor con la mirada y me di cuenta de que *todo el mundo* me miraba a su vez. Un barbudo de uno noventa, con un suéter de los Giants arrugado, vaqueros descoloridos, de-

portivas viejas, ojos enrojecidos; el pelo recogido en una coleta y una barba larga y ondulada. ¡Imagínate!

Delta se interpuso entre nosotros y sonrió:

—Bueno, no es exactamente un montañés —corrigió—. Les presento a Thomas, un arquitecto loco de Nueva York. —Y a mí me susurró—: Sabes que aquí todos te adoramos, pero esta noche tienes una mirada rarísima. Estás asustando a los niños y empañando la reputación de los paletos montañeses de verdad. Vete a descansar un rato.

Volví a asentir. Me dolía la garganta. Llevé la bandeja a la cocina y salí fuera. Llegué hasta la camioneta, me subí y rebusqué debajo del asiento hasta que encontré el vodka. La botella estaba medio llena, estupendo.

—Nunca veas una botella de vodka medio vacía —le advertí por la ventana a *Banger*—. Tú sé optimista.

Cuando alcé la botella entre mis dedos, el tapón de rosca cayó al suelo oxidado de la camioneta, describiendo un arco perfecto. Yo tenía mis rituales. Abrir la botella, bajar el parasol y mirar después las fotos que había plastificado y tenía pegadas con cinta adhesiva. Sherryl y Ethan, el día de su primer cumpleaños, me dedicaban una sonrisa entre flores, en Central Park. Y la otra, la de los archivos del *New York Times*, una fotografía que, como docenas de otras instantáneas, había sido estudiada, analizada y archivada.

Una foto de la mañana del 11 de septiembre de 2001, cuando mi mujer saltó de la Torre Norte del World Trade Center con nuestro hijo en brazos. Toqué ambas fotografías con el dedo y después tomé el primer trago de la noche.

Cathy

—¡Caaaathryn!

Junto a mí pasó un Jeep descubierta abarrotado de chicos adolescentes que, entre pitidos, me decían adiós con la mano.

Les devolví el saludo distraídamente, todavía pensando en el incidente del hotel. Iba a toda pastilla por la famosa autopista

Ventura de California. Había mucho tráfico. Salía de Los Ángeles en dirección al noroeste. Eran muchos los conductores que me saludaban y que hacían sonar el claxon, casi todos hombres y chicos jóvenes que se llevaban la mano al corazón. También los camioneros tocaban sus potentes bocinas cuando los adelantaba. Seguía saludando, a veces sonriendo e incluso lanzando besos al aire. Era preciosa, rica. Todo el mundo quería estar en mi piel. Era inmortal.

Los productores de *Gigante*, un equipo formado por marido y mujer, tenían un maravilloso rancho de caballos árabes a las afueras de Camarillo, cerca de la costa. Me habían invitado a pasar el fin de semana para hablar del guión y conocer al director. Gerald me había despedido en el hotel con un beso y se había ido en nuestro jet privado rumbo a Londres, para reunirse con alguno de los patrocinadores de Perfecta.

Sentí un calambre en el pie derecho cuando apreté el acelerador del Trans Am. Las ceñidísimas botas de piel de avestruz con tacón de aguja no estaban diseñadas para conducir un coche de tales prestaciones. Tenía el garaje lleno de Mercedes y Jaguars; sin embargo, a mí me encantaban esas ruedas clásicas, toscas. Estaba claro que había heredado el gusto por los autos veloces de mi abuelo Nettie, que murió joven, asesinado en una pelea, en un bar de carretera perdido en la montaña. La abuela decía que en su juventud se había dedicado a vender licores de contrabando y a participar en campeonatos amateur de automovilismo, conocida herencia de los Nettie que a mi padre no le hacía ninguna gracia. Ahora, por una especie de compensación kármica, era dueña de la granja de la familia Nettie, que gestionaban mis asesores ateniéndose a las instrucciones que dejó papá en su testamento. De vez en cuando me decía que tenía que ir a echarle un vistazo a ese viejo lugar, pero siempre estaba muy ocupada. En cualquier caso, visto lo visto, si yo no iba a la granja de la abuela, la abuela y su granja venían a mí. En los espejos. Sentí un escalofrío. «No pienses en esa visión.»

Miré el velocímetro del Trans Am. Sólo iba a 130 kilómetros por hora. Teniendo en cuenta que estaba en una autopista californiana, era una velocidad discreta.

—Eh, abuela Nettie, mira esto —dije en voz alta. Apreté el acelerador y sonreí al ver que la aguja alcanzaba los 150. Colándose por los paneles del techo, el viento me azotaba el pelo. Era un perfecto día de primavera, el termómetro marcaba unos veinte grados y la niebla había dejado paso a una preciosa neblina azul lavanda, que se dibujaba en el horizonte. Al llegar a lo alto de una colina, sonreí al descubrir la vista que, cortada en secciones por los contornos verde lima de unas enormes huertas, se abría ante mis ojos. Horizontes abiertos. Me sentía capaz de volar.

Vi por el retrovisor que me hacían ráfagas con las luces, y fruncí el ceño al descubrir un monovolumen azul que me resultaba conocido. Por la ventanilla del copiloto, una mano me saludó alegremente, y luego desapareció para volver a salir sujetando una gran videocámara. Un tío con el pelo enmarañado, entre gris y rubio, asomó la cabeza y se puso el visor de la videocámara en el ojo.

—¡Maldita sea!

Le reconocí al instante.

Un gilipollas, de una agresividad que hasta los demás paparazzi encontraban excesiva. Éramos viejos conocidos, una relación que había sido desagradable para mí y muy rentable para él. Me había filmado en aeropuertos de todo el mundo, me había perseguido por las afueras de los platós, había salido de entre los arbustos de los alrededores de discotecas y restaurantes, y en una ocasión me había hecho fotos en topless en España, imágenes que cualquiera podía ver aún en Internet por cinco dólares la descarga.

¿Y ahora quería filmarme conduciendo por la autopista Ventura? No debía de haber habido muchos escándalos de famosos esa semana. ¿Tan desesperados se encontraban «Inside Edition» y «Entertainment Tonight»?

Yo no estaba por la labor. «Putas.» «Un mal ejemplo para las chicas.» Todavía tenía esas frases en la cabeza.

Y *panecillos*. Los panecillos recubiertos de salsa de la abuela Nettie. De repente, casi podía volver a degustarlos, igual que en la suite del hotel; casi oía sus fantasmales susurros, que resonaban en mis oídos. «Consuélate. Regocíjate. Querrás morir, pero estarás contenta de haber sobrevivido.»

Pensamientos extraños. Sentí un escalofrío. Los aparté de mi mente, miré al fotógrafo por el retrovisor y pisé fuerte el acelerador del Trans Am.

Después, durante meses, a menudo intenté recordar cada detalle de ese momento. Traté de acordarme de cada matiz, de lo que hice y sentí, de lo que *debería* haber hecho de un modo diferente. Para siempre me perseguiría todo lo que hice mal en esa fracción de segundo, en la que mi vida cambió para siempre.

La punta de la bota resbaló del pedal. El tacón, largo y estrecho, se encajó debajo y quedó atascado. Tuve el pie atrapado durante apenas dos segundos, tres como mucho. El tiempo suficiente para que el Trans Am perdiese velocidad, el tiempo suficiente para que el negado conductor que circulaba por el carril de mi izquierda se animara a adelantarme con aquella diminuta anti-gualla. Miré horrorizada las luces traseras de aquel coche que estaba a punto de tragarme.

Con un movimiento brusco, liberé el pie y pisé el freno. El Trans Am se encorvó, como un caballo intentando detenerse en pleno galope. Oí el chirriar de los neumáticos mientras seguía aproximándome peligrosamente al maletero del coche, ya sin esperanzas de poder evitar el choque. Entonces viré hacia el arcén. El Trans Am empezó a derrapar hacia un lado, y no fui capaz de enderezarlo.

El parachoques derecho trasero chocó contra la barrera de protección. El coche hizo un trompo y no pude sujetar el volante. El parachoques delantero se empotró entonces contra el quitamiedos, y el Trans Am salió volando por los aires a gran velocidad. La barrera de protección rasgó los bajos. Mis oídos se llenaron de aquel chirriante estruendo metálico; y también de mis gritos.

Tras salir disparado de la carretera, el Trans Am acabó en la linde de un campo de fresas. No vi la alambrada que lo cercaba hasta que la atravesé. Tampoco vi el canal, poco profundo, para el riego. El Trans Am se encajó en un recodo de ese canal, basculó hacia un lado y dio una vuelta de campana.

Me golpeé la cabeza contra el volante. ¡Gracias a Dios que estaba forrado de piel! ¡Y gracias a Dios que llevaba abrochado el

cinturón! El coche quedó quieto, en posición vertical pero inclinado, con las ruedas del lado del copiloto apoyadas en la pendiente.

Silencio. De pronto, todo estaba tan tranquilo, tan en silencio. La cabeza estaba a punto de estallarme, pero aparte de eso no estaba herida. Aturdida, respiré profunda y temblorosamente. Oí gritos alrededor, pero no sé por qué nadie vino a ayudarme. Busqué a tientas el tirador de la puerta. No abría. Empujé pero no cedió. La puerta estaba atascada. Se me empezó a despejar la cabeza y me puse nerviosa. ¿A qué olía?

«A humo. Es humo. Y gasolina. Sal del coche. Por el techo.»

Me puse de rodillas sobre el asiento anatómico. Se me engancharon los tacones de las botas con la palanca de cambios. Me agarré a la barra central del techo con las dos manos. El metal estaba caliente. Un humo acre me inundaba la nariz y la garganta. Un ataque de tos me doblaba en dos.

—Precioso, precioso, Cathryn —gritó el fotógrafo—. Inténtalo, Cathryn.

El fotógrafo que había venido persiguiéndome estaba ahora allí de pie, a pocos metros, filmándome.

—¡Necesito *ayuda*! ¡Ayúdame, estúpido!

—Venga, Cathryn, ¡puedes hacerlo! ¡Eres una estrella, cariño! ¡Y a las estrellas les encanta actuar! ¡Piensa en la publicidad que conseguirás! Caray, mira, ¡Cathryn Deen protagonizando ella misma las escenas peligrosas! —exclamó, y se acercó más sin dejar en ningún momento de grabar. Asomé la cabeza por el hueco del panel del techo y terminé rodando hasta el suelo.

—¡Menuda técnica! —dijo riéndose.

Me levanté tambaleándome, pero el tacón de la bota izquierda se hundió en la tierra y volví a caer, dándome un buen porrazo en el costado derecho. El pelo, la cara, el brazo derecho, la cadera derecha, la pierna derecha resonaron al golpear contra el suelo mojado. ¿Qué era ese líquido viscoso que tenía en las manos? ¿Y ese olor? ¡Dios mío, *gasolina*! El suelo estaba empapado, como también lo estaba ahora el lado derecho de mi cuerpo.

—¡Deprisa, Cathryn! Creo que el catalizador está a punto de prender esos hierbajos. ¡Quiero verte correr con ese suéter ajus-

tado y esos tacones! Levanta la mano para que capte un buen plano de esos hermosos ojos. ¡Venga, date prisa! ¡Deja que tus fans vean cómo se te mueven las tetas, muñeca!

A duras penas, salí a gatas de la zanja. En ese momento, mi mayor deseo era alcanzar a ese tío, ponerle las manos alrededor del cuello y estrangularlo.

A mi espalda oí un suave pero siniestro chasquido.

Una bola de fuego se apoderó de mi costado derecho.

Algunas víctimas de accidentes graves dicen que parece que el tiempo se detenga. Afirman haberse sentido desconectados de la situación, casi como si la presenciaran en calidad de espectadores. Yo no. Imagina lo que es meterte entera en un horno. Imagina lo que es hundir las manos en las ascuas del carbón que arde en la parrilla del jardín.

Imagínatelo. Así es como me sentí.

—¡Eres increíble, Cathryn! —gritó el fotógrafo. Nunca olvidaré la emoción que destilaba su voz.

No era increíble. Me estaba quemando viva.

«Rueda. Échate al suelo y rueda.» Me lancé boca abajo junto al Trans Am, y me sacudí, grité y rodé. El calor cedió, las llamas desaparecieron. Luego avancé renqueante, jadeando. No pude evitar mearme encima. Vomité bilis.

Cuatro o cinco segundos. Estuve ardiendo no más de cuatro o cinco segundos, dijeron después los testigos.

El shock empezó a apoderarse de mí. Ahora sí, me sentía extrañamente calmada, agradablemente distante. «Me llevará una semana de tratamiento en un spa quitarme este olor», pensé.

Oí sirenas, oí gente que seguía gritando. Algunos incluso lloraban. Alguien gimió:

—¡Ay, Dios mío; ay, Dios mío, mírala! Voy a vomitar.

Un comentario, dicho sea de paso, que me pareció tremendamente maleducado.

Me las compuse para levantar la cabeza. El fotógrafo estaba en cuclillas a sólo unos centímetros de mi cara, respirando con gran excitación. Le veía a través del humo, le oía respirar entrecortadamente, como un hombre que está a punto de correrse. ¿Era de él de quien procedía ese olor nauseabundo? Oía a pelo chamuscado

y a... carne quemada. Me enfocaba directamente la cara con el ojo negro de su lente. Yo miré ese espejo, negro y vítreo, el ojo del mundo, y distinguí en él un reflejo grotesco, carbonizado, horrible.

Y entonces me di cuenta de que era yo.

Mi padre y sus hermanas empezaron a llevarme a concursos de belleza cuando apenas había comenzado a dar los primeros pasos. Como todos los sureños de clase alta, en el fondo despreciaban esos certámenes por considerarlos populares y chabacanos. Sin embargo, dado mi atractivo espectacular, no podían resistirse a exhibirme.

—No estamos más que honrando la vieja tradición sureña de mostrar las mejores reses de nuestro ganado —le dijo en una ocasión una de mis tías a sus amigas—. Mira, Cathryn se llevará más premios que la mejor cerda de la feria estatal.

Cuando cumplí los seis años ya era toda una veterana: tenía una habitación llena de trofeos y tiaras. A los dieciocho me coronaron Miss Georgia. Hubiera ido a Miss América, pero me dieron mi primer papel en el cine y le pasé la corona de Miss Georgia a la que quedó segunda.

No te pasas la niñez en un escenario, peleándote con otras niñas ambiciosas y con sus depravados padres, sin aprender a salir adelante, en cualquier circunstancia. En una ocasión en la que me sabotaron la música y los trajes, canté la canción de *Annie* de cabo a rabo y sin acompañamiento, con un leotardo negro y una falda hecha improvisadamente con la bufanda rosa de cachemira de mi tía. Gané el concurso de talento y gané ese festival. Tenía cuatro años.

Una beldad sureña fuerte y una magnolia de acero del siglo veintiuno: ésa era yo. Mimada, bendecida, alabada, protegida, y después lanzada al mundo del cine como todo un sex-symbol. Hasta ese momento.

En la ambulancia oía a los enfermeros hablar.

«No me puedo creer que ésta sea Cathryn Deen. ¡Cathryn Deen! ¿Sabes la de veces que me he hecho pajas con su foto?»

«Y yo. Pero ahora ya no, tío. ¡Dios mío, mírala! Ya no.»

Mientras mi mundo se tornaba negro, yo deseaba morir.

Thomas

Por la noche, la Hondonada y las montañas que rodean Crossroads se vuelven de color verde oscuro, casi negro. Es entonces cuando percibes el potencial peligro que acecha en la oscuridad, los arrogantes árboles vigilándote, la mortal atracción de los precipicios, las subversivas depresiones del terreno, el encanto de las aguas rápidas de los arroyos, el hambre de los animales salvajes que se deslizan entre las sombras esperando a que te conviertas en su próxima presa.

Hacia medianoche me estiré sobre el banco, demasiado borracho para jugar otra partida de póquer. El jardín estaba iluminado únicamente por el cartel del Café, que proyectaba una luz muy débil junto al camino. El aparcamiento había quedado vacío. Se veían unos cuantos puntos de luz en el comedor lateral, donde Delta y su pandilla confeccionaban el edredón de Crossroads, mientras cotilleaban y tomaban té helado con un chorrito de buen vino de montaña. Las uvas más dulces crecen hasta en los lugares más agrestes. Contemplé el firmamento abarrotado de estrellas, el firmamento que cubría las Diez Hermanas

«Sal —le dije al mal—. Sé que estás ahí.»

Esas amenazas lejanas estaban en lugares inciertos. Pero allí, a la luz de Crossroads, el mundo era seguro y familiar, un cosmos conocido, una quimera, una ilusión, como todos los lugares seguros, pero con eso bastaba. Como arquitecto, apreciaba las quimeras. La tristeza roba toda la belleza del mundo y después te la va devolviendo poco a poco, pieza a pieza, hasta que la casa que llamas tu vida va construyéndose sobre más esperanza que pena. Hasta la fecha, yo sólo había reclamado una ventana aquí, una puerta allá, y me había aferrado con uñas y dientes a esos pequeños trozos de fe.

Un fulgor muy breve pero brillante me llamó la atención.

Casi a ras del suelo, una estrella resplandeció antes de desvanecerse en el horizonte.